

## ACTO SEGUNDO

---

La misma decoración del primero.

### ESCENA I

ISABEL, JUANA, CARLOS, GABRIEL y D. RICARDO.  
Carlos, Gabriel y D. Ricardo toman café y fuman. Isabel toca el piano en una habitación contigua, pero visible al espectador. Juana, a su lado, vuelve la hoja del papel de música.

RICARDO

¡Admirable, Isabel! ¡Eres una artista!

ISABEL

Ya ve usted si hace tiempo que no ponía las manos en el piano.

JUANA

Era una lástima, pero no ha perdido nada; al contrario, yo encuentro que toca ahora mejor que antes. ¿No te parece, Gabriel?

GABRIEL

Sí, sí; hay más expresión, más sentimiento.

ISABEL

La tristeza no pasa en vano por las almas. Dicen que sólo puede ser artista el que ha padecido mucho. ¡Pobres artistas! ¿Ustedes creen que interpretar con acertada expresión una sonata de Beethoven puede compensar de haber sufrido tanto?

RICARDO

No hay que recordar tristezas pasadas.

ISABEL

Yo no puedo olvidarlas; sólo procuro no entristecer con ellas a los demás.

RICARDO

Tenéis aquí una casa preciosa, muy bien situada; el jardín es una delicia.

GABRIEL

Sí, ahora ya es otra cosa. Hicimos una gran obra en ella, está mejor distribuida... Como ahora venimos con frecuencia por el chico...

RICARDO

Aquí se os criará muy sano.

ISABEL

Está hermosísimo.

GABRIEL

Pero es no vivir, siempre pensando en él, consternados, apenas creemos que se constipa o que le duele algo. Y los chicos dan tantos sustos...

CARLOS

Pues mejor cuidado que éste...

GABRIEL

Eso sí; son dos madres a desvelarse por él.

ISABEL

Es la única razón de mi vida. Sin él todo hubiera concluído para mí.

RICARDO

No digas eso; eres muy joven, Isabel.

ISABEL

¡Callen ustedes!... Sí; llora, llora. ¡Pobrecito mío! Voy a ver... *(Sale.)*

JUANA

¡Hijo mío! Ustedes perdonen. *(Sale.)*

## ESCENA II

DICHOS, menos ISABEL y JUANA

GABRIEL

¿Lo ven ustedes? Siempre así...

RICARDO

Isabel le quiere tanto como su madre.

GABRIEL

Puede usted decirlo.

RICARDO

Vale mucho Isabel. *(Carlos se levanta y va hacia el fondo.)* ¡Lástima de muchacha, en lo mejor de su vida!... Oye, no quisiera pecar de malicioso, pero me ha parecido notar desde que llegué, sobre todo durante el almuerzo...

GABRIEL

No, no nos descubre usted nada: que Carlos está enamorado de Isabel...

RICARDO

No me atrevía a decirlo. ¿Conque es verdad?

GABRIEL

Vea usted, en cuanto hablamos de ella se hizo el distraído.

RICARDO

¿Y ella?...

GABRIEL

Nada dice, nada sabemos...

RICARDO

¿Y tú qué piensas?...

GABRIEL

Para mí sería una satisfacción; Carlos es un cumplido caballero.

RICARDO

De gran entendimiento... En posición desahogada, en la mejor edad, una figura agradable... Y

para Isabel sería muy conveniente. Por lo mismo que todo el mundo sabe que Carlos era el mejor amigo de Hipólito, al casarse con Isabel, era una seguridad de que Hipólito le habló siempre bien de ella. Nadie mejor que Carlos para saber lo que su amigo pensaba.

GABRIEL

Así es... Pero Isabel nada dice, y nosotros en cuestión tan delicada...

RICARDO

¿Y él? ¿Nada dice tampoco?

GABRIEL

Todavía no...

RICARDO

¿Y Juana?

GABRIEL

A Juana no le es muy simpático... No sé por qué... Como quería tanto a Hipólito, puede decirse que ella fué quien casó a su hermana: porque Isabel, que tanto le quiso luego, cuando le conoció en nuestra casa no podía verle ni en pintura... Crea usted que muchas veces, después de lo sucedido, he pensado que hay un instinto del corazón que nos advierte siempre.

RICARDO

¿Pero tú crees que Hipólito no fué un buen marido?

GABRIEL

Por lo que sabemos de su vida, sí; por ese silencio de su muerte... ¿Quién sabe?

RICARDO

Alguien sabe.

GABRIEL

Alguien, sí; pero nunca hablará.

RICARDO

Enamorado de Isabel, si ella lo exige, si ese secreto suyo es bastante para borrar el recuerdo del muerto...

GABRIEL

Sí, cuando un hombre se enamora...

RICARDO

Y he ahí también un factor de importancia para que Isabel le corresponda...

GABRIEL

¿Cuál?

RICARDO

La curiosidad: primer pecado de la mujer.

GABRIEL

De todos, don Ricardo; porque confiese usted que todos nos alegraríamos de que Isabel empleara toda la seducción femenina para hacerle por fin hablar.

RICARDO

El misterio es la gran atracción del espíritu. Esa sola atracción puede hacer que Isabel se enamore de Carlos.

GABRIEL

Y que nosotros seamos cómplices de su enamoramiento... Sería indigno..., porque Carlos no merece esa conspiración por nuestra parte, ni por parte de Isabel un sentimiento sólo de curiosidad. ¡Carlos! ¡Carlos!

CARLOS

Perdona..., estaba distraído...

GABRIEL

Ya lo veo; por eso te llamo.

CARLOS

¿Qué quieres?

GABRIEL

Nada, que no estés así, como preocupado o aburrido. ¿Te aburres en mi casa?

CARLOS

¡Tiempo tenía de haberlo notado. Yo sí que puedo temer muchas veces ser yo quien os aburra con mis visitas...

GABRIEL

De eso hablábamos...

CARLOS

¿De mis visitas?

GABRIEL

De todo... De ti, de Isabel... ¿No sabes que hay dos cosas que no pueden estar ocultas?

CARLOS

Sí: el amor y el dinero. No hay tampoco por qué ocultarlos, cuando el dinero se ganó honradamente y el amor honradamente ha de ganarse.

GABRIEL

Porque así es, opinamos que ha llegado el momento de hablar.

CARLOS

¿Con Isabel? ¿Te ha dicho algo? ¿Sabe que yo...?

GABRIEL

¿Saber?... Supongo que sí; las mujeres en esas cosas adivinan antes que nosotros. Decir, no..., nada me ha dicho, ni creo que a su hermana tampoco.

CARLOS

Ni yo me atreveré a hablar el primero.

GABRIEL

Pues es mucha pretensión esperar que ella se te declare.

CARLOS

Eso no; pero antes necesitaba saber...

GABRIEL

¿Que Isabel no te rechazaría? Eso sí; no estás en el caso de arriesgarte con una declaración sin

una seguridad. ¿Por qué no hablas con mi mujer? Nadie mejor puede conseguir que Isabel descubra su verdadero sentimiento sobre el particular.

CARLOS

¿Con tu mujer, dices?

GABRIEL

¿Qué? ¿Temes no ser persona grata?

CARLOS

No lo temo, estoy seguro de ello.

GABRIEL

Pues nadie mejor que tú puede destruir esa prevención desfavorable, que no subsistirá en cuanto Juana te conozca mejor, y que no puede tener más fundamento que el espíritu novelesco de las mujeres. Juana quería mucho a Hipólito, era su orgullo el cariño que Isabel le profesaba; ella encontraría muy poético en su hermana una fidelidad eterna, el culto del recuerdo. ¡Somos tan propensos a disponer a nuestro antojo del corazón de los demás!...

RICARDO

Pero Isabel no está en edad ni en circunstancias de renunciar al amor para siempre.

GABRIEL

El carácter de Isabel es muy equilibrado; no es una de esas enamoradas de la tristeza que creen parecer así más interesantes. No. Isabel sintió como debía sentir la desgracia de su mari-

do; le recordará siempre como debe recordarle, pero querrá a otro hombre y se casará con él, como debe casarse.

CARLOS

Pero si la desgracia de su primer matrimonio, con la ruina de tantas ilusiones, hizo que el corazón de Isabel desconfíe ya de cualquier otro cariño que vuelva a hablarle, como aquél, de alegría, de felicidad, de lo que habla todo cariño... Ese es mi temor; por eso callo y seré capaz de callar siempre.

GABRIEL

De ti sí que puede decirse que eres un enamorado del silencio. Callas por el amigo muerto y quieres callar por ti. Bien está que los muertos callen, pero los que viven y aman algo en la vida...

CARLOS

No hay herencia que no haga responsable al heredero de cuanto heredó.

GABRIEL

¿Y tú heredaste ese amor y ese silencio? ¿Cuál podrá más? El amor es más fuerte que la muerte. ¿No ha de serlo más que el silencio?

## ESCENA III

DICHOS y JUANA

JUANA

Se ha dormido. Isabel no quiere dejarle.

GABRIEL

¡Pues qué!, ¿está intranquilo?

JUANA

No. Pero el ama se empeña en tenerle en brazos, y en cuanto nos descuidamos... A Isabel y a mí no nos gusta; es una mala costumbre.

GABRIEL

Don Ricardo y yo vamos a dar un paseo hasta el pueblo. Don Ricardo no lo conoce.

JUANA

No vale la pena.

GABRIEL

Por curiosidad. Carlos se queda con vosotras. Está cansado.

CARLOS

*(Bajo.)* ¡Traidor!

GABRIEL

No, amigo y muy leal. Habla con mi mujer. No temas. Hasta ahora entonces.

JUANA

Hasta ahora. *(Salen Gabriel y D. Ricardo.)*

## ESCENA IV

JUANA y CARLOS

JUANA

¿La entrevista estaba preparada? Y no con muchos rodeos, hay que confesarlo.

CARLOS

¡Tiene usted un corazón muy fiel!

JUANA

Para conocer el de los demás... ¡Así hubiera conocido el mío! Esa fué toda mi desgracia.

CARLOS

¿Sólo la de usted?

JUANA

Sí, la de otros también; pero unos ya descansan, otros ya olvidan... Yo no he olvidado.

CARLOS

Yo agradecería a usted que nada recordásemos.

JUANA

¿Es usted de los que olvidan?

CARLOS

No; sabe usted que no es posible. No he olvidado ni olvidaré nunca; pero no quiero que vea usted en mí una amenaza continua, que mi pre-

sencia sea un continuo sobresalto para usted, que lea usted en mí nunca una acusación...

JUANA

Eso ha de ser aunque usted no quiera. Es usted el único que sabe; pero sabe usted lo que podemos saber de toda culpa ajena..., de todo crimen, si usted quiere.

CARLOS

Nunca salieron de mis labios esas palabras.

JUANA

Por eso estarán más grabadas en su pensamiento. Culpa, sí, crimen, usted lo sabe; pero sólo sabe usted lo que sucedió... Para comprenderlo necesitaba usted, a más de su confesión, la mía; a más de saber lo que él pensó de mí, lo que yo sentía por él...

CARLOS

Sí, lo comprendo; podría anticiparme a su confesión: le quería usted con locura.

JUANA

No, no era locura; al contrario, era un cariño que no me impedía ver claro en mi corazón ni en mi conciencia; por eso era más horrible... Mi conciencia me decía a todas horas que no debía ser, que era una infamia engañar así al hombre más bueno, más leal; al hombre que, no si yo lo confesara todo, ni si usted se lo revelara, si su mismo amigo, el amigo de quien no dudó nunca, volviera de entre los muertos para confirmarlo,

aún no lo creería. ¡Mi corazón! Mi corazón me avisaba a cada instante que Hipólito era más joven que yo, que para mí llegaba la vejez anticipada por el sufrimiento, que a su alrededor eran otras mujeres con juventud, con hermosura, con virtud..., mujeres que podían ser su mujer, la esposa, el cariño honrado..., que iba a perderle, que le perdería... Y entonces mi corazón se engañó; creí poder convertir mi cariño en algo más grande, más noble, que no fuera un tormento para mí y un obstáculo para él; pensé que podía sin dejar de quererle... quererle de otro modo..., y le uní a la que había sido para mí como una hija, y estaba satisfecha, orgullosa del triunfo logrado sobre mí... Pero me había hecho traición, y una rabia de celos desesperados me enloquecía; hubiera sido capaz de todo por destruir lo que había hecho... Y entonces fué cuando..., ¡me horroriza pensarlo!, fué para bendecir o para maldecir nuestro cariño... ¡Un hijo!... Y todo desapareció para mí: era él sólo, él y nuestro hijo, y sólo pensé en huir, en huir los dos juntos, los dos solos..., o hablar, hablar para confesarlo todo y afrontar la muerte, que era el castigo menos doloroso; la muerte, que no fué para mí para que fuese mayor mi castigo...

CARLOS

¡Huir!... ¡Confesar!... Todo era lo mismo... Para ustedes, acaso la muerte; pero algo más horrible que la muerte, más cruel que un asesinato, para los que no tenían culpa; para Isabel, que entregó su corazón a un hombre con toda la fe que el

cariño de usted la inspiraba... Y Gabriel, Gabriel, que, como usted dice, si de entre los muertos volvieran a decirle la verdad, pensaría que esa verdad era su locura por no creer en ella... Sólo la muerte, que era la eterna separación; sólo el silencio, que es la eterna muerte, podían rescatar la culpa... Hipólito así lo comprendió, y con grandeza de alma supo rescatarla.

JUANA

Pero el silencio no es la verdad... Isabel no se resigna con el silencio... Ya nada dice, ya nada pregunta; pero es su único pensamiento siempre: saber, saber... Y con toda su alma va hacia usted, no porque haya olvidado, sino porque recuerda siempre...

CARLOS

¿Qué dice usted?

JUANA

Sí, sí; no es que le ama a usted; es que busca la verdad; es la atracción del misterio que usted sólo puede revelar, el secreto que sólo usted sabe... y que dirá usted al fin...

CARLOS

Me juzga usted mal. Quiero a Isabel con toda mi alma; desde hace mucho tiempo, desde muy lejos, era para mí como la mujer ideal, con la que se sueña siempre, sin atreverse siquiera a esperarla nunca... Pero si para conseguir su cariño sólo existiera ese medio... ¡Para llegar a su corazón, destrozarlo!... No, Juana; si ese temor la

obliga a usted a influir con Isabel en contra mía..., no hace usted bien, Juana, no hace usted bien: crea usted en mí; no vea usted en mí nunca un enemigo...

JUANA

Ni usted en mí, se lo aseguro. ¿Por qué? No es que tema nada de usted; al contrario: sé que cuanto más unidos, mayor será su interés en callar; si usted hablara, sería desatar un infierno sobre nosotros, y con nosotros estaba usted... Ya ve usted como le hablo con dura franqueza: no cuento con su generosidad, cuento con su interés... Pero es por Isabel por quien temo, porque debo temer, porque yo fui culpable; y si entonces fué mi corazón el que se engañó, ahora temo que sea el suyo, que crea amarle a usted, y después sea para un tormento continuo, ella por saber, usted por callar, una lucha de todos los instantes; en el cariño sólo vería usted la seducción; en el enojo sólo vería usted la misma queja, el mismo reproche... Y eso es lo que temo: por ella, por usted... Porque mi corazón aprendió a mucha costa que cuando una vez nos engañamos a nosotros mismos, no hay camino para retroceder; ya toda nuestra vida se despeña entre mentiras y traiciones...

CARLOS

Es natural que hable usted así; porque usted debe dudar de todo... Pero yo creo en mí, estoy seguro de mí mismo; y en cuanto a Isabel, yo sé que mi cariño le hará olvidarlo todo, que todo

parecerá tan lejano como si no hubiera sido..., que ella misma me había de pedir que callase la verdad siempre, si yo alguna vez sintiera el impulso de decirselo todo. Quiero tanto a Isabel, que por mí solo renunciaría a su cariño, aunque sé que era renunciar a la única ilusión de cariño en mi vida... Pero tan seguro estoy de hacerla dichosa, tan seguro de que sólo mi cariño puede ser su compensación en la vida, que me parece un crimen huir y una traición callar.

JUANA

Entonces... Hable usted, hable usted ahora y hable usted después, si de ello depende su felicidad.

CARLOS

No, Juana. ¿Qué haría yo para que usted no temiera nunca?

JUANA

Todo es inútil. No le temo a usted... Temo... ¡qué sé yo! Temo todo, temo a la vida...

CARLOS

La vida es olvidar, y todo se olvida. Lo que nadie sabe es como si no hubiera sido.

JUANA

¡Lo que nadie sabe! ¡Existe una carta! Yo no puedo creer que esa carta no existe. ¿Es verdad?

CARLOS

Existe. Pero sin mi voluntad nadie puede leerla.

JUANA

¡Sin su voluntad! ¿Está usted seguro de ser siempre dueño de su voluntad? Poco sabe usted entonces de cariño. ¿Qué cariño es ese que puede decir: «Mi voluntad es mía?» Si piensa usted así, ¿cómo he de creer que usted me disculpa ni me perdona?

CARLOS

¿Y si yo le entregara a usted esa carta?

JUANA

¡No, a mí no! No quiero que pase por mis manos; no quiero que mis ojos no puedan resistir a la tentación de leerla. Me da miedo... ¡Sería oírle, oírle otra vez! ¡No, no; me da miedo! No sé si entonces no sería yo la que no podría olvidarle nunca, y si algún día no saldría de mis labios para que no pesara tanto sobre mi corazón... No; me basta con que usted la destruya... ¿Basta digo? Es algo del silencio... No es todo el silencio...

CARLOS

Quedo yo. ¿No es eso?

JUANA

Queda mi conciencia. Pero ¿la romperá usted?

CARLOS

Lo juro. El mismo día en que Isabel sea mi esposa...

JUANA

¡Ah!... Es una amenaza indigna de usted... Va usted a decirme que es digna de mí...